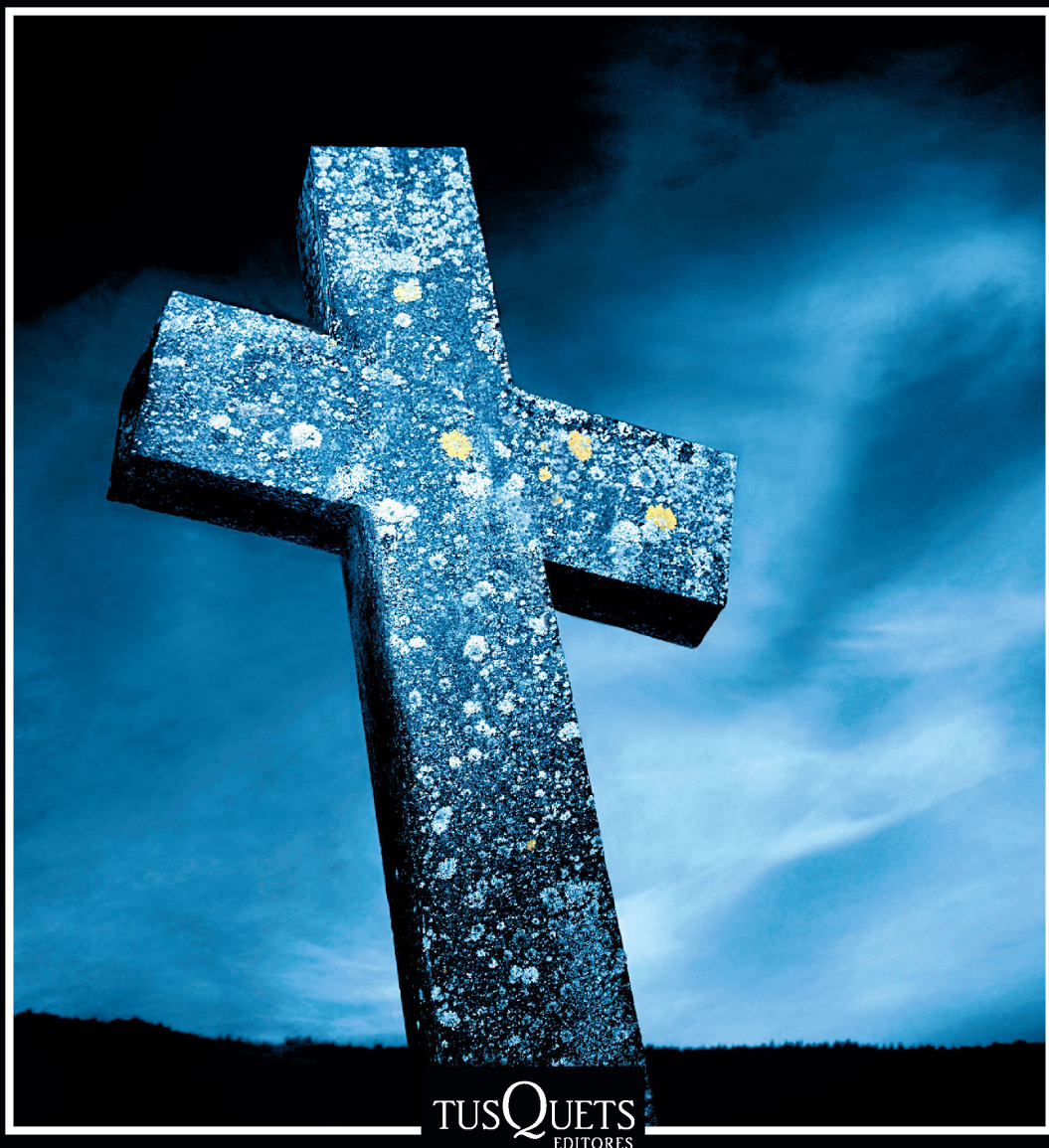


Liliana Escliar

TUMBAS ROTAS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

LILIANA ESCLAR
TUMBAS ROTAS

Esta vez son pocos, seis apenas. En la fábrica les dijeron que ya está, que les pagan lo trabajado y los arriman hasta la frontera, que ya pueden volver a sus casas.

Los viejos suben a la caja y el camión arranca.

En la cabina van los hermanos López. «Dos engendros del demonio», dicen por lo bajo en la fábrica. «Mataron a sus propios padres», comentan.

Los hermanos lo saben y no lo desmienten, porque es cierto y porque, además, les gusta que les tengan miedo.

Los viejos van sentados en el piso; la tierra de la ruta se les mete en los ojos y cada pozo les sacude los riñones, pero nada de eso les importa. Están volviendo a sus casas y por los agujeros de la lona verde pueden ver el cielo celeste del verano.

Sonríen.

A las dos horas de marcha, el camión se detiene.

Hugo López levanta la lona y los hace bajar. «A estirar las piernas y mear», dice.

Los seis viejos bajan mansos, con la cara fruncida al sol que encandila.

De espaldas a los demás, Omar se hurga la bragueta con los dedos deformados por la artrosis. Las yemas quemadas por los remedios, que se le descaman, le arden y no se le

curan. En el último tiempo, en la fábrica, ligó sus buenos palos por dejar caer las cosas y ahora ni hacer pis puede, pero ya no importa. Está volviendo a su casa.

El chorro cae oscuro sobre los cardos del borde de la ruta. La parábola hace un arco iris ínfimo. Omar siente el alivio y se distrae. Cuando llegue a su pueblo, piensa, lo primero va a ser darle la plata a su nuera para que termine la casa que quedó así nomás cuando él y su hijo se fueron a la fábrica. Después, si le sobra, capaz se compre un autito o, mejor, se ponga una panadería en la piecita de adelante.

—¿Te falta mucho, viejo? —De pronto, la voz de Mauro López está rodeada de silencio.

Omar gira el torso con las piernas separadas y las manos todavía en la bragueta. Ve a los otros cinco parados hombro con hombro sobre la banquina y a Hugo López, que sostiene el arma en alto y con una sola mano.

Omar siente que se le aflojan las piernas, trastabilla y cae. Piensa que va a morir así, con el pene encogido asomando por sus pantalones.

—Mejor, más cerca del piso —dice López. Y también—: ¡A que me parezco a Rambo, a que sí!

La ráfaga de ametralladora pespuntea los cuerpos muertos.

—El calor las pone descaradas —dice el hombre y señala a la cucaracha que se desliza por entre los colchones apilados hacia el plato de comida a medio terminar—. Esta es un perro.

Las ha clasificado según su tamaño: los perros son las más grandes y oscuras; después están las otras, más claritas y pequeñas, que aparecen solo de noche, llenan el piso como si fueran cantos rodados y crujen cuando uno las pisa.

—Fuera, bicho —dice, mientras espanta al «perro» de un manotazo. A su lado, la mujer sonríe y sigue comiendo.

No hay tiempo ni lugar para ascos.

El capataz les ha dado un rato para almorzar. No quiere que «esa bosta que comen» se desmigaje sobre la mercadería. Hay que comer rápido, porque los demás esperan y puede pasar que el jefe pierda la paciencia o se arrepienta del permiso, y el plato sin acabar termine estrochado contra la pared o, peor, encharcando el colchón desnudo.

En el galpón hace calor y falta el aire. Cada tanto, alguien se cae y es como si no sucediera. Los demás siguen trabajando y ahí nomás vienen y sacan al desmayado por los pies. Y ese no vuelve.

Hay que comer rápido, no mirar a los costados y guardar el aire.

Empieza a llover una garúa leve de las que no alcanzan, de las que pegotean todo y no refresca. Los hombres siguen trabajando. Los gotones de transpiración caen dentro de los barriles, pero no importa. Hay que seguir y no caerse.

El que se cae desaparece.

Hace un rato se fueron Omar y los otros. Ellos se fueron bien. Los llevaban hasta la frontera, dijeron.

La mujer le dio un papelito con un teléfono para que llame a la familia y le avise que ella está bien, que vuelve pronto.

La puerta metálica se abre con un chirrido que hace doler las encías. Los capataces se cuadran con la vista vuelta hacia el auto que entra apenas, lo suficiente como para que Lidia no se moje.

El hombre y la mujer les dejan la comida a las cucarachas y vuelven a su trabajo.

Todos miran hacia el piso. Todos tienen miedo.

No es usual que «la señora» vaya a la fábrica, pero cuando va —ta te ti, suerte para ti— alguien cae en desgracia, alguien sale lastimado, alguien muere.

Esta vez va a mostrarle las instalaciones a Celio Ramos, un funcionario de Salud Pública al que el Lobo quiere homenajear con «un tour de cortesía».

—Basura y DXM, la droga prima hermana de la heroína. Barato, venta libre... No cura la tos, pero los pibes lo toman como agua —explica.

Ramos se inclina hacia el barril con las manos en la espalda. A su lado, una gorda pasa el colador y pesca los bichos que caen dentro. El tonel parece lleno de caramelo, un líquido marrón y viscoso que se pega a los dedos, los quema y los mancha.

Los hombres cargan los cucharones, vierten el jarabe en los frascos y los sumergen bien tapados en otro barril, para

sacarles el pegote. Los más jóvenes los secan y pegan la etiqueta, idéntica a la verdadera.

Lidia recorre las instalaciones de «la fábrica». En el galpón, doscientos metros cuadrados de mugre con techo de chapa y paredes sin revocar, hay grupitos de seis o siete personas como islas.

—Cada una de las secciones se ocupa de un medicamento distinto —explica.

Señala al grupo de mujeres paradas en ronda alrededor de dos barriles. Cargan jeringas con el líquido aceitoso y las inyectan en pequeños frascos.

—Jarabes —dice Lidia—. Muy rentable: agua, anticongelante y gelatina, aunque por ahora solo hacemos los mucolíticos y antipiréticos. Es un negocio chico, pero no queremos arriesgarnos a nada masivo.

El funcionario, las manos todavía en la espalda, asiente. No se imagina nada más masivo que un jarabe para la tos y otro para bajar la fiebre, pero no contradice. Solo pregunta:

—¿Es inocuo?

Lidia sonríe apenas, como una Mona Lisa perversa. Toma una jeringa y la carga de líquido.

—¡Por supuesto, Celio! ¿Querés probar?

A las once de la mañana, la luz del sol atraviesa la vidriera, sorteando la pátina grasosa y el hollín del vidrio, rebota en la cubierta descolorida de los libros y entra afinada como un puntero a la librería. El haz de polvo suspendido ilumina el costado de Daniel Parodi como el láser de un rifle, y el criminólogo piensa: «Qué lástima que no es un tiro», y también: «Ojalá algún día sea».

Está aplastado en el sillón, hundido por el peso de todas las muertes que no supo evitar.

—Siempre un paso atrás, como un pelotudo.

—Dejate de joder —La voz de Marcos Setton desciende potente como si el psicólogo hablara desde un púlpito o desde el Olimpo y no desde donde está, montado en la escalera y limpiando los libros con un plumero—. Dejate de joder —dice, otra vez.

Hace rato que Setton dejó de ser el psicólogo de Parodi, pero lo conoce como si lo fuera y ya se empieza a hartar de estos pensamientos suicidas tan melodramáticos.

El día que murieron Ernesto y Fabián, Parodi se murió otro poco.

—No tenía mucho resto. Venía perdiendo por puntos y tiró la toalla —explica Marcos Setton cada vez que alguien (Diana Quaranta, solo ella) le pregunta el porqué de esta apatía que ya dura tres años.

No es muy apropiado que un psicólogo use metáforas de box, pero qué remedio. Tampoco Marcos, desde la desaparición de Malena, está muy lúcido que digamos.

Parodi vuelve una y otra vez al momento en que Fabián se pegó un tiro y se llevó todas las respuestas. ¿Por qué a mí? ¿Quiénes son ustedes?

Después de tantas muertes, a pesar de tantas pistas, la identidad del Lobo sigue siendo un enigma que Parodi ya no quiere ni puede resolver.

—Patricia, Zoe, Ernesto, Fabián...

A veces, Parodi enumera sus muertos «por orden de desaparición». Otras, cuando los acomoda por náusea, vacío o tristeza, la lista se le trastoca y se le complica, porque todos le duelen mucho y distinto: Patricia, su mujer; Zoe, su hija; Ernesto y Fabián, las personas que él eligió para que fueran su padre y su hijo. Todos asesinados por orden de Lobo. Todas muertes dedicadas a él.

—Dígame, licenciado Setton, usted que sabe de estas cosas: ¿en qué orden se ordenan los muertos?

Setton no contesta. Sobre todo porque a él la cuenta y el orden de los muertos le dan distinto. Para Setton, la primera de la lista es Malena. Cuando piensa en ella, piensa en el ropero de espejos de su pieza. Recuerda —aunque sospecha que debe ser una trampa de su memoria— que cuando llegaron a la pensión que ella compartía con el viejo y encontraron el cuerpo de Ernesto en el baño, las perchas del ropero todavía se movían en el vaivén de la ropa recién descolgada.

Malena desapareció como si nunca hubiera existido. «Se la llevaron», piensa a veces Marcos. Pero es un «se la llevaron» tan violento, tan brutal, que elige pensar que está muerta. Y primera en su lista.

—Te faltó Malena —dice—. Si vas a hacer la lista de tus fracasos, anotá a Malena.

—Andate a la mierda.

En el último año, desde que abandonaron sus profesiones y se aferraron a los restos de la librería como dos náufragos, Parodi y Setton pasan sus días en el local y parecen, cada vez más, un matrimonio mal avenido de viejos maricas.

—¿Son o no son?

—¿Qué cosa?

—Dos viejos maricas.

—Andate a la mierda.

La que pregunta es Diana Quaranta. Una o dos veces por semana, según la deje su trabajo en la fiscalía, pasa por ahí como quien visita a un enfermo agonizante. Se asoma a la puerta del local de Negra y Criminal y antes de entrar observa el bulto en el sillón, el sube y baja del vientre de Parodi, para ver si todavía respira.

Y sí. Daniel Parodi respira y además putea, aunque con un repertorio de lo más limitado. Apenas un puñado de «andate a la mierda» que reparte como cartas a Diana cuando lo visita, a Setton cuando pretende analizarlo y a algún que otro cliente cuando la campanita tocapelotas, el llamador de ángeles de la puerta, anuncia la entrada de un tipo que, Parodi adivina, viene a joder y no va a comprar nada.

Diana llega hasta donde está Parodi esquivando la mesa central donde todavía se apilan los libros «recomendados de Ernesto», aunque este hace dos años largos que murió —que lo mataron— y ya no recomienda nada.

Esta vez no es una «visita de médico» para ver al agonizante. Tiene que hablar con Parodi, pero no se anima. Tiene que contarle, pero da vueltas, habla de bueyes perdidos, por-

que sabe que cuando le diga lo que viene a decirle va a volver a abrir la herida.

No se anima.

Toma al pasar *El tercer hombre*, de Graham Greene, y se sienta a hojearlo en el brazo del sillón como si ese día fuese un día cualquiera.

—¿Te acordás de cómo le gustaba este libro? —la fiscal acaricia la portada y la mugre le mancha los dedos. Lo abre y la primera frase de la novela, «nunca sabemos cuándo seremos golpeados», es una señal, una advertencia.

—Cómo rompía las pelotas con eso, me acuerdo —dice Parodi, por no decir que extraña a Ernesto como loco. Y también—: ¿Qué hacés por acá tan temprano?

Diana no contesta. Da una, dos, tres vueltas... Parece un perro artrítico antes de echarse, hasta que al final dice:

—Volvió. El Lobo volvió.

A la una de la tarde, el cementerio de la Chacarita es un desierto de lápidas que reverberan al sol. Los operarios sentados sobre tocones almuerzan en ronda a la sombra del único álamo de la manzana. Hablan de lo que pasó más temprano, cuando llegaron a la sección y encontraron la tumba reventada. Desmigajan la novedad con las uñas sucias de tierra, estiran la anécdota, suman detalles, mienten, inventan. Tironean de la noticia, a ver quién se queda con el mejor pedazo.

—El muerto estaba bastante entero todavía —dice uno—. Lo sacaron del jonca y lo dejaron en la tierra sentado, así.

El enterrador estira las piernas y pone el torso rígido a noventa grados como un muñeco de ventrílocuo con los ojos vaciados.

—No lo sacaron. Lo sentaron en el jonca, así. Y sí, está entero. Hasta la ropa tiene —suma otro.

—Todo menos la mano. Parece que le cortaron la que estaba abajo, en el culo.

—Como a Perón —dice el tercero. El hombre sabe que la suya es la revelación más importante. Aprovecha el silencio de la ronda, una aspiración como un «ohh» al revés, y agrega rápido, para no perder el impulso—: Pero Perón estaba embalsamado.

—Lo de Perón es otra cosa. El Viejo está en bóveda, no en tierra, y a él le cortaron las dos.

El que habló primero corrige, porque hay que respetar las jerarquías —no es lo mismo una bóveda que una tumba al ras de la tierra, ni el General que un policía viejo y retirado— y también porque le revienta que los demás opinen y le copen la parada a él, que fue el primero que lo vio y dio aviso.

—Se ve que trabajaron de noche. Nadie vio nada.

Diana camina apurada detrás de Parodi. Deja caer frases como las piedritas de Hansel y Gretel (¿o era Pulgarcito?) para no perderlo, pero Daniel no la espera ni la escucha. Salió disparado de la librería con los faldones de la camisa a medio acomodar, los pelos revueltos y los cordones de los zapatos desatados.

—¡Parodi! ¡Esperame! ¿No podés ir más despacio?

No puede.

La fiscal bracea en el aire caliente del cementerio. Trata de mantenerse a flote, pero los tacos se hunden en la tierra removida, y Parodi se adelanta.

Va veinte, cincuenta metros adelante. Atraviesa el cementerio con zancadas de ogro y ella trata de alcanzarlo, pero le falta el aire.

Debería volver a nadar.

Parodi se agacha para pasar por debajo de la cinta amarilla que protege la escena del crimen. Quiere entrar y ver qué le hicieron a Ernesto, pero un policía se le planta delante y le corta el paso.

—Lo siento, señor...

A Parodi los ojos le quedan a la altura de la bragueta del suboficial que habla así, con puntos suspensivos, un pendejo imberbe que no sabe con quién está hablando, que no lo conoce. Daniel está tentado de decirle: «¿Vos sabés quién soy yo?», pero en cambio se incorpora, levanta la mano y grita:

—¡Cabrera, decile al sumbito este que me deje pasar!

En el centro de la manzana, Cabrera oye a Parodi, levanta la cabeza, pero no dice. Si fuera por él, Parodi podría quedarse ahí, calcinándose entre las tumbas.

—El doctor es el forense a cargo —el imberbe habla como si Cabrera fuera Leloir o Gardel, le explica a Parodi sin que nadie se lo pida. Tal vez le molestó lo de «sumbito».

—Es un pelotudo —lo corrige Parodi.

—¡Ya estás haciéndote de amigos!

La fiscal Quaranta acaba de llegar a la escena y tarda en recuperar el aliento. Revuelve en la cartera hasta que encuentra la credencial del Poder Judicial de la Nación, la muestra al policía y pasan.

Cabrera armó un tinglado, una carpita de techo blanco y paredes traslúcidas sobre la tumba. Hace circo para los canales de televisión.

Los periodistas estiran el cogote por encima de la cinta peligro que rodea el lugar, preguntan a los gritos, y él se hace el interesante.

Después de un rato de entrar y salir de la carpa con gesto adusto, como quien está ocupadísimo, concede acercarse a los micrófonos, baja el barbijo que le cubre la boca y encaja en una única frase «secreto de sumario», «lamentable suceso», «investigación en curso» y «acto vandálico».

—¿Por qué a él?

Mientras Cabrera hace su numerito para los medios, Parodi y Quaranta se acercan a la tumba rota de Ernesto.

—¿Por qué lo llamaste a él? —repite—. ¿No sabés que es un pelotudo?

Quaranta sabe, pero el juez lo designó y ella no pudo decirle que no, que cada vez que participó en investigaciones vinculadas con el Lobo, Cabrera metió la pata hasta el caracú. Debería explicar, decirle a su señoría que el forense es un chanta, que entrega los informes tarde y mal, que hace las autopsias de taquito, que se le pierden los muertos, que es un impune y un desagradable y que, si Cabrera se ocupa, «así nunca será justicia, señor juez», pero no puede decirle, porque, si lo hiciera, el juez le preguntaría por qué lo cubrió, por qué no lo dijo antes, y Diana no quiere volver a contar esa historia.

No quiere abrir los archivos y recordar esas muertes, demasiadas muertes sin contar la propia: aquella noche en la pileta, el cuerpo inmundado del violador aplastándola contra el borde y la sangre cayendo mansa hacia el agua.

Y ahora el Lobo está de vuelta. Después de casi tres años de ausencia, acaba de hacer su *rentrée* de la manera más espectacular: con un féretro roto a hachazos y el cuerpo de Ernesto sentado, acodado contra el borde del cajón, un brazo en alto como para protegerse del sol o para tocar quién sabe qué.

Cabrera posa para las fotos. Habla sin gesticular, mete panza y gira apenas el cuerpo, como hacen los modelos publicitarios y los idiotas. Pero de pronto los periodistas lo dejan hablando solo. Ya no les interesa. Le piden que se corra, porque no les deja ver lo que está pasando. Lo esquivan y apuntan sus cámaras y micrófonos hacia lo que sucede a sus espaldas: bajo el tinglado, Daniel Parodi acaba de ponerse en cuclillas junto al cajón imitando la posición sedente del cuerpo.

Cabrera corre a la carpa, despliega el delantal abierto para tapar con su cuerpo el cuerpo acucillado de Parodi.

—¿Qué hacés? ¿Te volviste loco? ¡Doctora!

El forense cabecea hacia afuera del cerco, hacia donde están los periodistas:

—¡Es un papelón, doctora! ¡Haga algo! Le aviso que no me hago responsable por la corrupción de la escena.

Cabrera habla con voz finita, de soprano desafinado, pero ni Quaranta ni Parodi lo escuchan.

Frente a la tumba destrozada, justo en la dirección en la que el sol encandila, el brazo de Ernesto señala una lápida que refulge entre todas las otras.

Todavía no creció el pasto. La losa está apoyada sobre la tierra removida, con esa impresión de precariedad y, sin embargo, tan definitiva que tienen las tumbas de los recién enterrados. En su extremo, una cruz con el travesaño en falsa escuadra.

—Pensemos juntos, Cabrera. ¿De verdad no te pareció importante la posición en la que dejaron el cuerpo? ¿Que lo hayan sentado y lo hayan puesto señalando a otra lápida que, además, tiene una cruz chingada?

—¡Doctora! ¡¿Ve?!

Cabrera busca la protección de Quaranta. Falta que diga «Parodi me trata mal», que tiree del ruedo del vestido y haga pucheros como un nene un poco tonto, pero Diana hace como que no lo oye. Gira la cabeza y le pide al mozo otra cerveza, aunque apenas pasan de las tres de la tarde y tal vez no debería, pero hace calor y Cabrera la tiene harta.

Están los tres en el Imperio, la pizzería de la esquina del cementerio de Chacarita. Llegaron hasta ahí porque Parodi no podía aguantarse las ganas de verduguear al forense. No podía esperar a llegar a la oficina para putearlo.

Hacía mucho que Diana no lo veía así, irónico y feroz. Vivo. Si pudiera, le entregaría a Cabrera en bandeja con tal de recuperar al Parodi que empezó a perder cuando le mataron a la familia pedazo tras pedazo.

Daniel acaba de volver del cementerio y fue directo a la trastienda de la librería, a la mugre que hasta hace tres años fue su oficina.

Desde el local, Marcos lo ve mover escritorios, abrir cajas, revolver papeles y fotos. Piensa, como Malcolm X, que cuando la tristeza se convierte en furia algo cambia.

Parodi está furioso.

—Tenemos que conseguir a alguien que sepa manejar «esto» —grita desde el fondo mientras levanta el teclado con dos dedos. Enchufa la computadora, un mamotreto lleno de polvo con monitor de tubo, y la máquina no se enciende, pero brama con un bramido agónico, de esos que dan miedo.

Contra el marco de la puerta, Setton habla por encima del ruido:

—Habría que comprar una nueva, esta ya no...

Como el sumbito, Setton también habla con puntos suspensivos, deja espacios para que Parodi complete y le cuente qué pasó en el cementerio. Pero para hacer eso Daniel tendría que desenchufar esa máquina infernal, parar un poco, tal vez sentarse, y ahora no puede. Está demasiado ocupado, tiene que escribir todas las preguntas antes de que se le escurran de entre las manos. Por eso, en vez de contestarle a Setton, toma el fibrón y anota en la única pared casi blanca que queda:

- Quién está enterrado en la tumba que señala Ernesto.
- La cruz con el travesaño torcido.
- Por qué usó a Ernesto. ¿Solo para provocar?
- Por qué cortarle la mano.
- Por qué dejarlo en esa posición.
- Cabrera.

Parodi señala la pared, ahí donde anotó el nombre del forense.

—No dejó nada sin arruinar.

Puede que esté fuera de estado, que haya pasado dos o tres años tomando un poco de más, pero no se le escapa que, a pesar de la carpita y la cinta peligro, Cabrera se apuró a chapotear en la tierra y manosear la tumba, a trabajar rápido y mal, más interesado en salir en la foto que en resolver el caso.

—O es un inútil o un hijo de puta. En cualquiera de las dos...

—¿Lo comentaste con Diana? —Setton interrumpe la puteada a Cabrera, un clásico que ya sabe de memoria.

—Sí. Y también me limpié los mocos en su camisa... ¿Vos estás loco? ¿Cómo se lo voy a contar?

El psicólogo piensa que debería darle una piña o dejarlo solo, como fantaseó tantas veces. Agarrar la calle y seguir caminando hasta toparse con una vida mejor que esta que tiene, pero en cambio respira hondo, junta los dedos de las manos hasta formar una carpita y contesta, como si no le hubiera molestado.

—Podrías decirle lo que me acabás de contar, que desconfías de Cabrera por tal y cual cosa.

—¿Sin pruebas?

Setton se encoge de hombros. ¿Por qué no? Quaranta está acostumbrada a las intuiciones y exabruptos de Parodi.

—Yo te voy a explicar lo que pasaría si, como vos sugerís, se «lo comentara» a Diana —Parodi inclina la cabeza, mira con los ojos a media asta e imita a la fiscal—: ¡Ay, Daniel, Daniel! ¿Otra vez? ¿Qué tenés contra Cabrera? ¿Cómo podés pensar que va a hacer algo así?

—Esa se parece más a mi abuelita que a Diana —dice Marcos, para no darle la razón. Y también—: ¿Qué querés hacer? ¿Cómo seguimos?